

El rincón

María del Carmen Santiago



Capítulo 1

El rincón

Mis padres me lo enseñaron por primera vez a los 7 años, y recuerdo que no había colores, ni juguetes, ni nada más que silencio. El rincón, me dijeron. Y al parecer, no era el único en mi familia, sino que era habitual que las mujeres con mi apellido tuviesen uno particular. Por lo menos tengo habitación propia, pensé. En el rincón no podía hacer demasiado, a esa edad yo todavía soñaba con casas de juguete, toboganes y Barbies que brillaban por su ausencia en aquella impoluta estancia. Había descubierto que mis pataleos y alaridos no surtían ningún efecto, y algo me hizo pensar que, quizás, el mundo de allá afuera ya no existía, y solo quedábamos yo..., y el rincón. Por si acaso, me arrimé a una esquina y la adopté. Y me quedé ahí. Quieta, callada, ensimismada. Y un día entró mamá, sonrió, como complacida. Recuerdo el contacto de su mano con la mía y el subir las escaleras sosegadamente. Por alguna razón supuse que no volvería al rincón hasta dentro de un tiempo y, de hecho, no lo hice; sino que nunca salí de él, tal y como no lo hizo mamá, y tal y como - según ella- no habría de hacerlo en un futuro mi hija. Pero yo sé que Tania no tendrá un rincón. Yo sé que ella necesita una selva inmensa donde su risa no sea amortiguada por una pared; donde pueda correr y brincar y gritar todo lo que yo no he gritado. Me parece que Tania no querría un rincón, y mucho menos una esquina. Creo que yo tampoco los quise nunca.